

2003: A 468 AÑOS DEL PRIMER CUENTO “PANAMEÑO”.

Ariel Barría Alvarado
Correo-e: a_barria23@hotmail.com

Andrea de La Roca era un ciudadano panameño, hombre de mar por más señas, que habitaba la muy noble y leal ciudad de Panamá, allá por el año 1519, es decir, para las mismas fechas en que se fundaba el sitio que sería punto de apoyo para la conquista española de las costas americanas del Mar del Sur.

Hombre de mar era, lo repito, porque en esto se basa su trascendencia en la historia del país. Era, además, hombre de su tiempo: emprendedor, denodado, vigoroso, impulsivo ante los retos y bastante bizarro cuando se trataba de poner el pecho ante las jugadas del destino.

Fueron estas características las que debieron atraerle la confianza de otro personaje que caracterizó toda aquella época en el istmo: don Pedro Arias De Ávila, el inefable Pedrarias, a quien hoy recordamos con cierto escozor en el cuello, por haber pasado a la historia, más que como el fundador del emplazamiento que serviría de sede al gobierno de Castilla del Oro en el Océano Pacífico, como el que decapitó al Adelantado del Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa.

Lo cierto es que el fundador de la ciudad de Panamá designó a nuestro Andrea de La Roca como su mayordomo, y le confirió la asignación especial de supervisar a los indios que extraían perlas en las pesquerías de las Islas de Las Perlas, que por ese entonces sostenían categóricamente aquel nombre.

“El ojo del amo engorda el caballo”, debió haber sido la consigna, explícita o implícita, con la que un buen día enviara don Pedrarias al jovenzuelo Andrea por aquellos mares, aunque en este caso se trataba más bien de engordar las cestas de perlas con las que sería agasajada la corona española, previas las deducciones correspondientes a su buen servidor en el istmo.

El gallardo joven, por su parte, posesionado de su cargo, consideró que nada tenía de malo que, entre una y otra supervisión por aquellas aguas de Dios, arponase alguno de los relucientes lomos de tanto pez como allí había; al fin y al cabo, ese y no otro había sido su oficio hasta entonces.

Y así lo hizo, igual que hoy día lo hacen los centenares de turistas que bogan por estas aguas en busca de aventuras tropicales. Pero su arpón, dirigido a la sombra que pasaba rauda al lado de su canoa, no fue a morder el cuerpo de un merlín, como era su intención, sino que se clavó en la oscura masa de una mantarraya gigantesca.

La mala fortuna asomó su deformado rostro en el destino del joven Andrea, haciendo que el extremo del cordel se enredase en uno de sus pies, por lo que el agónico animal lo arrastró tras de sí hasta las frías profundidades.

¿Terminaron allí los días de nuestro esforzado hombre de mar y burócrata en ciernes? Pues no. Él logró desasirse del lazo mortal y salir a la superficie; para esta hazaña le valieron no sólo su entereza física, sino la gran experiencia que tenía en mantenerse largo tiempo sin respirar. Hubo testigos que afirmaban, bajo la gravedad del juramento, que el muchacho solía pasarse hasta una hora debajo del agua, lo cual fue decisivo para que saliera airoso de esta desesperada prueba. Cuentan las crónicas que los indios que lo acompañaban lo rescataron dos horas después de verlo desaparecer bajo las aguas, cuando al fin pudo salir a la superficie a más de una legua del lugar en el que se inició tal aventura. ¡Eran para recordar tales pulmones!

Todo esto nos lo cuenta don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en el trigésimo octavo capítulo de su *Historia General y Natural de Las Indias* (1535), dándole el exhaustivo título de

“El caso peligroso e experimentador de la grandísima habilidad que tuvo un vecino de la ciudad de Panamá en nadar”. Son líneas en las que ufanamente despunta ese estilo ameno, descriptivo y fantasioso sobre el que a la fecha ya se habían levantado notables catedrales literarias en España, pero que resultaban novísimas en cuanto a su escenario, que era el istmo de Panamá, el cual apenas había sido estrenado 32 años antes como objeto literario por otro grande: Cristóbal Colón, en su célebre *Carta de Jamaica* (1503).

La historia de Andrea de La Roca es pertinente por cuanto el eximio investigador de nuestras letras, Rodrigo Miró, lo cataloga como “el primer cuento panameño”,¹ si bien como es obvio, se trata en realidad del primer cuento ambientado en Panamá. No obstante, pesa sobre esta clasificación —a favor de Miró, por supuesto— el gran arraigo del cronista Fernández de Oviedo en nuestro suelo.

A pesar de lo que pudiera pensarse, no eran épocas propicias para la fantasía literaria y, a principios de aquel decisivo siglo XVI, ya la Corona Española había tenido especial cuidado en prohibir la circulación de libros de ficción por el Nuevo Mundo, en especial los textos catalogados como de “romances, de materias profanas a fábulas [y de] mentirosas historias”.²

La literatura, calificada tantas veces de subversiva, de subvertidora *per se*, concitaba ya el temor imperial, porque podía contaminar a las nuevas poblaciones y a sus habitantes, aquellos pobres nativos sin alma, recién redimidos en virtud del mestizaje.

Pero, como es sabido, las ideas del hombre no conocen la cárcel ni se atienen a censuras. Producto de aquel colosal choque entre dos culturas distintas, una vigorosa tradición oral floreció lozana a la par de la palabra escrita, que sí se siguió dando, aunque tuviese que apelar a vías clandestinas cuando fuese menester.

En Panamá podemos decir que muchas de las consejas y cuentos en los que se funda nuestra narrativa provienen de esa colisión cultural, y así lo atestiguan los orígenes de los cuentos y leyendas que aún siguen rondando por nuestros campos, cada vez más languidecidos por el resplandor alienante de los televisores, como bien lo consignan folcloristas del patio, entre los que destacan, por su tenacidad y por su valiosa obra escrita, Mario Riera Pinilla y la profesora Dora Pérez de Zárate.³

Pero volvamos al hilo conductor de nuestro escrito, que es el cuento en Panamá. Desde un punto de vista más normativo, el propio Miró subraya 1890 como el año a partir del cual florece el cuento como expresión literaria normal en el país, cuyas primeras hornadas aparecen en diarios y revistas de la época, producto de las plumas de Salomón Ponce Aguilera (1868-1945), Simón Rivas (1868-1915), Darío Herrera (1870-1914), León A. Soto (1874-1902), Guillermo Andreve (1879-1940), y algunos más.

Confrontados con una línea del tiempo, llegábamos con cierto retraso a la conformación del corpus de este género en el continente, el cual iba a tener tanta proyección en el futuro, pero cuyo nacimiento se asemeja desde nuestra perspectiva a un parto doloroso y difícil.

Esteban Echeverría, luz de guía del romanticismo argentino, había escrito en 1839 su célebre cuento “El matadero”, ancestro primero y reconocido de toda la obra cuentística del subcontinente, con el que, en palabras de Enrique Pupo-Walker, asistimos “al difícil momento en

¹ Miró, Rodrigo. *El cuento en Panamá*. Panamá: Editorial Universitaria, 1996, p. 25

² Citado por S. Ramírez en *Antología del cuento centroamericano*. San José: EDUCA, 1973. p. 13

³ Al respecto, Cfr.: Pérez de Zárate, Dora. *En torno al cuento folclórico panameño*. Panamá: Editorial Universitaria, 1994; y a Riera Pinilla, Mario. *Cuentos folclóricos panameños*. Panamá: Ministerio de Educación, 1956.

el que el cuento hispanoamericano empieza a romper las ligaduras que aún lo atan al cuadro de costumbres”.⁴

En Cuba, por esas mismas épocas, Ramón de Palma escribía la primera narración indigenista, si nos basamos en lo que al respecto sostiene Ambrosio Fornet,⁵ y más cerca de nosotros, también a fines de aquel siglo, Manuel González Zeledón publicaba sus cuentos en Costa Rica, constituyéndose en “el primer cuentista en forma que se dio en Centroamérica”, para usar las palabras con las que a él se refiere Sergio Ramírez.⁶

En Panamá, los primeros cuentistas bogan desde sus inicios por algunas de las tres corrientes mayores que identifica el ya citado Sergio Ramírez, reconocido antólogo de la narrativa centroamericana, Panamá incluida: 1) La naturaleza bárbara, 2) la miseria y la explotación, y 3) el canto regionalista, elaborado en torno al campesino, a sus luchas, a sus esperanzas y a sus miserias.

Por supuesto, en aquellos primeros años del cuento, mucho se debatía sobre cómo debía plasmarse la “realidad” en las cuartillas literarias, no sólo en Panamá, sino en toda la América india. Mientras en Cuba, en 1906, el precursor de la cuentística nacional isleña, Jesús Castellanos, escribía *De tierra adentro*, describiendo a sus campesinos como “mozos fornidos, notables del vecindario”, y a sus campesinas como “viejas beatas que pasan camino de la salve”,⁷ en Costa Rica encontramos a Carlos Gagini escribiendo en 1918 sus *Cuentos grises*, en los que unos personajes campesinos conmemoraban sus alegrías colectivas degustando el más fino champán,⁸ y así mismo en Panamá, para esas épocas, Ponce Aguilera coloca en boca de sus personajes campesinos un impecable vocabulario castizo, mientras que Ricardo Miró pinta mozas de Málaga, de Granada y de Sevilla para personificar a las campesinas del norte de Veraguas, con cuyos mayores el protagonista de uno de sus cuentos, titulado “El Jesús malo”, brinda con vino a la hora de la cena.

Otro cuentista destacado de aquel Panamá, República reciente, es Darío Herrera, modernista a carta cabal, cuyos cuentos se distinguen por un aire aristocrático, producto del largo roce con las culturas sureñas. A Herrera debemos el primer libro de cuentos escrito por un panameño, *Horas lejanas*, impreso en Buenos Aires en el fundacional año de 1903. “La zamacueca”, ambientado en Valparaíso, es uno de los relatos más conocidos de ese texto.

Varios cuentistas descuellan en las revistas literarias y en los diarios de entonces, y los recoge Rodrigo Miró en su antología de 1950. De muchos de ellos aún se habla; otros han pasado a un olvido prematuro. Nos encontramos aquí con un Gaspar Octavio Hernández (1893-1918), además paradigma del periodista consagrado y el último de los modernistas locales; está también un ya difuminado Joaquín Darío Jaén (1893-1932), tan aventurero como literato, del cual se citan tres libros de cuentos entre una docena de variopintas producciones, entre las que no faltó hasta un manual para hipnotizar personas.

Agotados los esquemas del modernismo, y columbrada ya la medianía del siglo, las contradicciones sociales, las luchas reivindicatorias del pueblo y las corrientes políticas en boga van sacando a flote en la literatura, y en el cuento específicamente, obras que no sólo representan

⁴ Enrique Pupo Walker, citado por Enrique Jaramillo Levi en *La mirada en el espejo*. Panamá: USMA, 1998. p. 84

⁵ Fornet, Ambrosio. *Antología del cuento cubano contemporáneo*. 2ª. edición. México: Ediciones Era S.A., 1973. p. 9

⁶ Ramírez, Sergio. Op. cit. p. 20

⁷ Fornet, Ambrosio. Op. cit. p. 16

⁸ Ramírez, Sergio. Op. cit. p. 20

al campesino panameño, sino que se convierten en una voz cáustica en su defensa. Ignacio de Jesús Valdés, José María Núñez, Rodrigo Núñez,⁹ Moisés Castillo y Lucas Bárcenas, están entre los que imprimen su voz en esta etapa.

Miró recoge también en esta fase, aunque con norte diferente, a Rodolfo Aguilera y a Graciela Rojas Sucre, y convoca a un sitio especial a Gil Blas Tejeira, cuya importante producción, aunque se refleja poco en el cuento, lo hace de una manera muy acertada. El nombre de Tejeira es fácil asociarlo con el periodismo, si bien en su obra literaria costumbrista y en la picardía de sus epigramas no faltará jamás un lugar de solaz para los nuevos lectores. En materia de cuentos, se recuerda con especial afecto su extraordinaria pieza titulada “El retablo de los duendes”.

El tiempo hace que del árbol de la literatura vaya cayendo su corteza muerta. La conmoción que Rogelio Sinán provocara en la poesía en 1929, con su libro *Onda*, permea indefectiblemente la narrativa nacional. El mismo Sinán irrumpe en 1931 con el cuento “el sueño de serafín del carmen” que transpiraba su carácter iconoclasta hasta en la ortografía de su título.

A propósito de iconoclastas, Roque Javier Laurenza se inscribe también en este movimiento, algo tardío en Panamá, pero que se justificaba por la necesidad que había de nutrirse afuera para cambiar el panorama panameño. Manuel Ferrer Valdés es de los que firma en esta etapa, con una prosa culta, elaborada y, sobre todo, actualizada para su momento.

Pero las injusticias sociales, locales, son un reclamo permanente para nuevos escritores. Los temas de revoluciones y de amenazas de revoluciones, el sonido sordo de las botas militares marchando listas para el combate por el dominio del mundo no son suficientes para acallar los temas nacionales; al contrario, se avizora la presencia extranjera como una amenaza contra la libertad y el desarrollo, y los escritores vuelven sus ojos a la tierra suya.

Promediaba el siglo XX cuando surgen en Panamá los escritos de José María Sánchez, con su pluma deslumbrante prendida en la penumbra de los bananales, de los cacaotales, en la vida de los indios, de los hombres y mujeres rústicos y en las vivencias de un Bocas del Toro profundo como su prosa. Aflora también la voz de César Candanedo, escritor chiricano de narrativa recia y desolada, que se ocupa de describir la sordidez en la que subsisten seres enclaustrados en desolados parajes de Chiriquí y Darién.

A estas voces se unen las de Mario Augusto Rodríguez, Juan B. Sosa, Ramón H. Jurado, Carlos Francisco Changmarín y Tobías Díaz Blaitry, expresadas a través de sus cuentos descarnados sobre el dolor humano, dolor que es también el de la sociedad, y que aún hoy persiste entre la colectividad panameña. Mención especial merece aquí la obra cuentística de Rogelio Sinán, quien en 1954 publica *La boina roja* y en 1957 *Los pájaros del sueño*, ocupando siempre sitios de avanzada entre sus contemporáneos.

Renato Ozores, Boris Zachrisson y Moravia Ochoa son otros nombres que destacan entre los cuentistas de Miró, por sus textos. De Ozores son *Un incidente y otros cuentos* (1947) y *El dedo ajeno* (1954); de Zachrisson es *La casa de los ladrillos rojos* (1958), mientras que de esta época son los libros de Moravia Ochoa titulados *Yesca* (1963) y *El espejo* (1968).

En los albores de la década de 1960, y durante muchos años más, Eustorgio Chong Ruiz publica varios libros de cuentos dedicados a la vida en el campo. Otro que publica a mediados de esa década es José A. Cajar Escala, cuyo libro de cuentos, *Maleante*, se publicó en 1966.

⁹ Rodrigo Núñez (1906-1965?), odontólogo de profesión, es autor de *Comarca de los manitos (cuentos de la tierra, tradiciones y costumbres)*. Edición póstuma. Panamá: Ministerio de Educación, 1966, obra que resulta un fiel reflejo del momento al que nos referimos.

Son épocas propicias para la protesta social, para las voces que reclaman la reivindicación de la zona canalera y que proclaman la inmortalidad de la sangre de los patriotas caídos en esa lucha; el Canal es un tema de vida o muerte y un tema literario de primer orden. La literatura panameña en general, y el cuento en particular, son armas de batalla tan válidas como cualquier otra. En la década de 1960, dos fechas marcan el rostro de la República, para bien o para mal: 1964 y 1968. Por un lado, la gesta de los estudiantes mártires que marcaron con su sangre la senda por la que habría de ser reconquistada la franja usurpada, y, por el otro, el golpe militar que renovó el discurso populista en el país, ambos sirvieron de acicate para muchos escritores nacionales.

Bertalicia Peralta, Campo Elías González, Álvaro Menéndez Franco, José María Sánchez, Ricardo J. Bermúdez, Ramón H. Jurado, Juan Carlos Voloj Pereira, Julia Regales, Guillermo Ros Zanet, Arturo Tapia Collante, Pedro Rivera, Manuel Ferrer Valdés, Ernesto Endara, José Antonio Córdova, Edgar Soberón Torchía, Dimas Lidio Pitty, son algunos de los nombres de autores que publican su obra cuentística en la década de 1970.

Con la década de 1980 arriban nuevas perspectivas, y muy pronto el nacionalismo de ayer desemboca por varios caminos en una confrontación abierta contra el régimen imperante, o a favor de lo que éste representaba o podía representar en una nación expuesta a un abierto conflicto con los Estados Unidos. Las etapas de preparación para asumir las nuevas responsabilidades nacionales, luego de firmados los tratados del Canal, se diluyen en una lucha sorda y real, tanto dentro del país como de cara a la nación del norte. Por lo demás, se vive en una situación hostil a la disidencia, que muy poco espacio deja para la creación literaria.

Durante estos años, por iniciativa personal o en el marco del Premio Miró, salen a luz obras como las de Giovanna Benedetti, Ernesto Endara, Herasto Reyes, Rosa María Britton, Raúl Leis, Pantaleón Henríquez, Cirilo Castillo, Beatriz Valdés, Bertalicia Peralta, Enrique Chuez, Moravia Ochoa, Isis Tejeira, Gloria Guardia, Enrique Jaramillo Levi, Roberto Luzcando, Héctor Rodríguez y otros.

Tras la invasión militar estadounidense de diciembre de 1989, se abre otro tajo, literal y sangrante, en el organismo vivo de la nacionalidad. Las manifestaciones literarias reflejan de varios modos las secuelas de aquel impacto, y la obra de muchos nacionales evidencia un estupor dolido ante la acción de fuerza, considerando los elementos que le sirven como antecedentes y como resultados. Los cuentos de Justo Arroyo, Rafael Ruiloba, Pedro Rivera, Herasto Reyes, Antonio Paredes, Consuelo Tomás, Rogelio Guerra Ávila, Ramón Fonseca Mora, Juan Antonio Gómez, Rey Barría, Claudio de Castro, destacan en el género, en aquella década que finalizó con una intervención extranjera y el advenimiento de un nuevo sistema de gobierno.

En los 90, nuevas voces se incorporan a la cuentística panameña, ofreciendo otras perspectivas y un interés genuino por reflejar las visiones de autores recientes, unos, o renovados, otros. Es la época del resurgimiento económico y político, de la salida de las bases militares, de la expansión de la ciudad hacia áreas que antes estaban destinadas exclusivamente para el manejo de la vía acuática. De algún modo, la literatura panameña adquiere nuevos bríos y más personas están interesadas en hacerse oír en un círculo que hasta entonces parecía abrirse sólo para unos cuantos.

En 1998, Enrique Jaramillo Levi, actuando como compilador, saca a la luz el libro *Hasta el sol de mañana*, con un subtítulo que de por sí describe las dimensiones del esfuerzo: “50 cuentistas panameños nacidos a partir de 1949”.¹⁰ Como señala el autor en el prólogo,

¹⁰ Jaramillo Levi, Enrique. *Hasta el sol de mañana (50 cuentistas panameños nacidos a partir de 1949)*. Panamá: Fundación Cultural Signos, 1998.

“aproximadamente el 60% de los escritores incluidos en este libro sólo han publicado en revistas (la mayoría en *Maga*, pero también en *Umbral* y *Littera*, entre las principales) —ninguno es totalmente inédito— y el resto (21 autores) ya tiene por lo menos un libro de cuentos publicado...”¹¹ Estas cifras nos permiten apreciar la pujanza de este género en un país de menos de 3 millones de habitantes, en el que la literatura y sus actividades relacionadas siguen esperando un mejor sitio.

En los autores representados en ese texto resalta el interés por la forma, por la indagación en la estructura literaria, así como un vivo afán por representar el medio, con los pinceles de la ficción, pero sin descuidar el compromiso con la realidad, quizás para servir de impulso al Panamá soñado, conjurando de paso a las fuerzas poderosas que se confabulan para impedir que el sueño se haga realidad. Muchos de aquellos cuentistas pronto darían a la luz sus propios libros, o nuevos textos, como afirmando que no hubo error al seleccionarlos de esa manera.

A partir de finales de los 90 y en los inicios del nuevo siglo, hasta la fecha de esta investigación (2003), se estrenan nuevos nombres entre otros ya conocidos: Aida Judith González Castellón (*Pájaro sin alas* y *Espejismos*), Melanie Taylor (*Tiempos acuáticos*), Katia Malo (*Cruz alta/Cruz baja*), Rafael De León Jones (*Catálogo de claroscuros*), Leadimiro González (*Bajo el calor del fuego*), Roberto Pérez Franco (*Cierra tus ojos*), David Robinson (*Vértigo*), José Luis Rodríguez Pittí (*Crónica de invisibles*), Carlos Oriel Winter Melo (*Desnudo y otros cuentos* y *El escapista*), Ariel Barría Alvarado (*El Libro de los Sucesos*, *Al pie de la letra* y *En nombre del siglo*), Digna Valderrama (*Planeta Venus*), Félix Quirós Tejeira (*La ciudad calla*), Francisco Berguido (*La interventora de sueños y otros cuentos*), Yolanda Hackshaw (*Las trampas de la escritura* y *Corazones en la pared*), Rogelio Guerra Ávila (*El suicidio de las rosas* y *Lo que me dijo el silencio*), Ernesto Endara (*Receta para ser bonita y otros cuentos*), Allen Patiño (*La derrota y otros relatos*), Justo Arroyo (*Héroes a medio tiempo*), Eustorgio Chong Ruiz (*El cazador de alforja*), Beatriz Valdés (*La estrategia del escorpión*), Marisín Villalaz de Arias (*Mondongos para el señor obispo y otros relatos*), Enrique Jaramillo Levi (quien publica en este período libros como *Caracol y otros cuentos*, *En un abrir y cerrar de ojos*, *Senderos retorcidos*, *Cuentos de bolsillo*, *Luminoso tiempo gris*, *De tiempos y destiempos*, *El vendedor de libros*), Mauro Zúñiga (*Los lamentos de la noche*), y la lista de autores podría seguir extendiéndose.

Como podemos observar, los aportes de los últimos años son cada vez más nutridos, y se diversifican las voces, así como los temas. Será tarea de los críticos del futuro aquilatar estas entregas y evaluar su dimensión en la literatura del país, pero esos libros ya están allí, como parte de la bibliografía republicana.

Junto a esta eclosión, el ambiente se torna relativamente más propicio para la creación literaria; en diversos foros culturales y académicos surgen cenáculos de lectores,¹² ámbitos de formación literaria formal¹³, editoriales con tecnología de punta que facilitan la edición y publicación de textos, nuevos y más jóvenes escritores, y hasta un compromiso gubernamental

¹¹ Ibidem, xi

¹² Mención especial merece el *Círculo de Lectura de la Universidad Católica Santa María La Antigua* (CLEC), que a partir de 1996 y hasta el 2003, cobró pujanza en la tarea de captar nuevos lectores, de fomentar la cultura literaria y el debate libre, así como el impulso, auspicio y presentación de numerosos títulos. Al final de la relación laboral de su mentor, Ricardo Arturo Ríos Torres, con la USMA, éste funda el *Círculo de Lectura Guillermo Andreve*, que le da continuación en logros y éxitos.

¹³ Entre estos se puede mencionar el Diplomado de Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, del que sin duda alguna emergerán nuevas generaciones de escritores.

por reconocer las figuras literarias panameñas que han dado forma al panorama cultural criollo desde mucho antes de que se fundara la República.¹⁴

El cuento panameño, como reflejo de la vida, y de la vida nacional, es parte integral de su cultura, por lo que nos permite atisbar en las realidades actuales para entender un poco más la sociedad y el mundo en que vivimos, y en algún sentido para conocernos mejor como pueblo y como personas.

A 468 años de aquel primer cuento de tema panameño, hoy las aguas de la Bahía de Panamá ya no están como para acometer las proezas del protagonista de la fábula de don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, pero nuestra literatura sí ha crecido, como se observa fugazmente a lo largo de este escrito, robusteciéndose a plenitud desde los ya remotos días del recordado Andrea de La Roca.

¹⁴ En 2001, mediante la Ley 14 de 7 de febrero, se crea el *Día del Escritor y de la Escritora Panameña*, asignándose como fecha de la conmemoración el 25 de abril de cada año, en honor al natalicio de Rogelio Sinán, creándose además la condecoración homónima, que se otorgará bianualmente a un hombre o mujer de letras que a juicio del respectivo jurado merezca esa distinción.